

Nueva evangelización:

Proclamación y sanaciones

■ Robert Canton

¿Qué es evangelización?

El glosario del *Catecismo de la Iglesia Católica* define la evangelización como «el anuncio de Cristo comunicado con el testimonio de la vida y de la palabra en cumplimiento de las exigencias de Cristo».

El papa Pablo VI, en su *Exhortación Apostólica «Evangelii Nuntiandi»* que trata sobre la evangelización en el mundo contemporáneo, dice: «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (14).

El beato papa Juan Pablo II se hizo eco de esta llamada de su predecesor escribiendo una encíclica titulada *Redemptoris Missio* (o *Misión del Redentor*). Afirma: «Dios abre a la Iglesia horizontes de una humanidad más preparada para la siembra evangélica. Preveo que ha llegado el momento de dedicar todas las fuerzas eclesiales a la nueva evangelización y a la misión ad gentes. Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos» (3).

Cuando hablaba de la nueva evangelización, el beato Juan Pablo II se refería a una proclamación de la Buena Noticia que sea y deba ser siempre nueva: «nueva en su ardor, nueva en sus métodos y expresión, nueva intensidad y entusiasmo, una nueva lealtad a Cristo».

¿Por qué necesitamos la nueva evangelización?

La Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos afirma en sus enseñanzas sobre la evangelización: «La nueva evangelización ofrece esperanza. Jesús da a todas las personas descanso y consuelo de las cargas de este mundo (Mt 11,28) ofreciéndonos la esperanza de la salvación y la vida eterna. La nueva evangelización ofrece el don de la fe, de la esperanza y del amor, y la vida nueva en Cristo».

En su *Carta Apostólica «Porta Fidei»*, proclamando el Año de la Fe que comienza el 11 de octubre de 2012, S. S. Benedicto XVI también menciona la necesidad de la nueva evangelización. Dice: «es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa



a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28,19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo». (7).

¿Qué tiene que ver esto con la sanación?, se pueden preguntar. Esto es lo que también dice Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*: «Pero Él [Cristo] realiza también esta proclamación de la salvación por medio de innumerables signos que provocan estupor en las muchedumbres y que al mismo tiempo las arrastran hacia Él para verlo, escucharlo y dejarse transformar por Él: enfermos curados, agua convertida en vino, pan multiplicado, muertos que vuelven a la vida y, sobre todo, su propia resurrección. Y al centro de todo, el signo al que Él atribuye una gran importancia: los pequeños, los pobres son evangelizados» (12).

La sanación es, en definitiva, la Buena Noticia. No cabe duda de que es una de las mejores herramientas para la evangelización. Jesús es el Maestro Sanador, cuyo método de evangelización era único. Predicaba el Evangelio y luego sanaba enfermos y expulsaba demonios para confirmar su mensaje. En *Mateo 10,7-8*, Jesús dice a sus discípulos: «Vayan proclamando que el Reino de los Cielos está cerca. Curen enfermos, resuciten muertos, purifiquen leprosos, expulsen demonios».

El Sumo Pontífice Benedicto XVI, en su libro *Jesús de Nazaret*, afirma: «Curar es una dimensión fundamental de la misión apostólica, de la fe cristiana en general. Eugen Biser define el cristianismo incluso como una “religión terapéutica”,

EN ESTA EDICIÓN

Nueva evangelización:

Proclamación y sanaciones

Robert Canton

Vida de un líder:

El don de la comunicación: ¿se nos entiende?

Ann Brereton

Preguntas a la Comisión Doctrinal de ICCRS:

¿Debería orar por personas que viven en pecado para que reciban el bautismo en el Espíritu?



La sanación es, en definitiva, la Buena Noticia. No cabe duda de que es una de las mejores herramientas para la evangelización. Jesús es el Maestro Sanador, cuyo método de evangelización era único.



de la nueva evangelización. Dice: «es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa

Nueva evangelización: Proclamación y sanaciones (continuación)

una religión de la curación».

Desde mi humilde capacidad como laico, mediante el ministerio de sanación, he tenido el privilegio de predicar en más de 40 países hasta ahora, incluyendo países no cristianos como Corea del Sur, Indonesia, Tailandia, Malasia, Singapur y los Emiratos Árabes Unidos. He visto cojos andar, sordos oír, ciegos ver, tumores y protuberancias anómalas desaparecer y personas oprimidas por espíritus malignos liberadas por el Señor Jesús mediante el poder del Espíritu Santo. Y lo primordial: muchos han recibido sanación espiritual, que para mí es la sanación más importante de todas porque restaura la relación de la persona con Dios.

Por supuesto, la curación es una de las respuestas más efectivas a los retos planteados por el beato papa Juan Pablo II: «“Remar mar adentro” para pescar» —un reto que lanzó a los fieles en su *Carta Apostólica «Novo Millennio Ineunte»*—. Y su llamado «a comprometer todas las energías de la Iglesia a la nueva evangelización», como aparece en su encíclica *Redemptoris Missio*.

Para que seamos instrumentos más eficaces del poder sanador de Dios, se necesitan ciertos principios como guía:

1. Vivir en el amor. Esto es lo que S. Pablo dice a los efesios en 5,2. Si queremos que el poder sanador de Dios fluya a través de nosotros, primero debemos amar a Dios apasionadamente y amar al que está nuestro lado. Para lograr amar como Jesús lo hizo, debemos poner a Jesús en el centro mismo de nuestras vidas, impregnando profundamente nuestro corazón. Jesús sana por su amor y compasión hacia su pueblo. En *Mateo 14,14*, leemos: «Y al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a sus enfermos».

2. Obediencia al Señor. En *1 Samuel 15,22*, el Señor dice: «Mejor es obedecer que sacrificar, mejor la docilidad que la grasa de los carneros». Cuando obedecemos completamente las mociones del Espíritu Santo, veremos la gloria de Dios; las sanaciones y los milagros se darán. Hace dos meses, mientras oraba por sanación en Yakarta (Indonesia) ante miles de personas, muchas de ellas estaban en silla de ruedas. «Escuché» la voz del Señor en mi corazón que me decía: «Hijo mío, ordena a los que están en silla de ruedas que se levanten y caminen en mi Nombre». En el momento en que obedecí sus palabras, fuimos testigos de muchas personas inválidas levantándose de sus sillas de ruedas y caminando normalmente. Hubo una gran manifestación de la gloria de Dios en ese lugar.

3. Apertura al poder del Espíritu Santo. «No se embriaguen con vino, que es causa de libertinaje; llénense más bien del Espíritu» (Ef 5,18). Cuando Jesús todavía caminaba sobre la Tierra, era el Taumaturgo por excelencia. Estaba ungido por el Espíritu Santo, era conducido por el Espíritu Santo y operaba en el poder del Espíritu Santo. Jesús era verdadero Dios y verdadero hombre. No obstante, en su huma-

nidad, tenía que confiar en el poder del Espíritu Santo parahacer sus obras. Jesús dice: «En verdad, en verdad les digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo» (Jn 5,19). Jesús curaba, predicaba y enseñaba bajo la unción del Espíritu Santo.

4. Vivir el Reino. Jesús dice en *Marcos 1,15*: «el Reino de Dios está cerca». Vivir el Reino significa tener una vida de santidad y pureza. Dice el Señor en *Eclesiastés 9,8*: «En toda sazón sean tus ropas blancas». También dice en su Palabra: «Sean santos, porque yo, Yahvéh, su Dios, soy santo» (Lv 19,2). La santidad significa ser irreprochables ante Dios. El Romano Pontífice Juan Pablo II afirma en su *Carta Apostólica «Novo Millennio Ineunte»* que «la santidad no es solo un estado sino una tarea, a través de la cual los cristianos deberían esforzarse para vivir una vida cristiana plena, imitando a Cristo, el Hijo de Dios, que entregó su vida por Dios y por su prójimo».

5. Fe, según *Hebreos 11,1*: «es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven». Jesús dice en el *Evangelio de Juan 14,12*: «Yo les aseguro: el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún, porque yo voy al Padre». Yo creo que una de las razones por las que las sanaciones y milagros no se manifiestan en las vidas de muchos cristianos es la falta de fe: la fe en Jesús, la fe en sus palabras y en su poder.

6. «Pidan y se les dará; busquen y hallarán; llamen y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Mt 7,7). Claramente, estas palabras de Jesús nos recuerdan que seamos constantes y que perseveremos en nuestra oración. No deberíamos rendirnos con demasiada facilidad si no recibimos una respuesta inmediata a nuestras oraciones. La curación llega como una respuesta a la oración.

7. Apropiarse de las promesas de sanación del Señor con entusiasmo y fe expectante: «Bendice a Yahvéh, alma mía, no olvides sus muchos beneficios. Él que todas tus culpas perdona, que cura todas tus dolencias» (Sal 103,2-3); «Sí; haré que tengas alivio, de tus llagas te curare —oráculo de Yahvéh—». (Jr 30,17); «Y hacia Yahvéh gritaron en su apuro, y él los salvo de sus angustias; su palabra envió para sanarlos y arrancar sus vidas de la fosa» (Sal 107,19-20). Estos son solo unos pocos pasajes de la Escritura en las que Dios promete restablecer la salud. El *Catecismo de la Iglesia Católica* № 1503 afirma: «La compasión de Cristo hacia los enfermos y sus numerosas curaciones de dolientes de toda clase (cf. Mt 4,24) son un signo maravilloso de que “Dios ha visitado a su pueblo” (Lc 7,16) y de que el Reino de Dios está muy cerca. Jesús no tiene solamente poder para curar, sino también de perdonar los pecados (cf. Mc 2,5-12): vino a curar al hombre entero, alma y cuerpo; es el médico que los enfermos necesitan (Mc 2,17)».

El don de la comunicación: ¿se nos entiende?

■ Ann Brereton

Conocemos el amor de Dios porque Él decidió comunicárnoslo. Esta comunicación de amor activa entre Él, el Creador, y nosotros, sus criaturas, promete atraernos más profundamente al hacia una intimidad que conduce a la unión.

La comunicación se trata de la transmisión y recepción de un mensaje. Si el receptor recibe un mensaje con la intención deseada, entonces se ha producido una buena comunicación. Cuando se ejercita la verdadera comunicación, todos los participantes experimentarán una conexión profunda. Una comunicación de amor siempre nos llevará a la intimidad —la profundidad de esa intimidad depende de la profundidad de la comunicación establecida—.

Al crear el mundo, Dios estaba comunicando su plan divino. Adán y Eva fueron creados para conocer y amar a Dios, y les invitó a compartir su intimidad. La comunicación entre Dios y el hombre se rompió por el pecado. La desobediencia del hombre abrió un abismo entre Dios y la humanidad. Sin embargo, el lenguaje de amor de Dios siguió expresándose a través de sus profetas, prometiendo enviar a Uno que restablecería la comunicación y, por lo tanto, la intimidad con Él.

Su comunicación es autorrevelación y, a través de esta, se le ha dado al hombre un atisbo del esplendor de la bondad divina. Este acto de autodonación crea comunión y, por medio de Jesús, la comunión con Dios se hace posible en nuestras vidas. Jesús nos da una porción de su naturaleza divina.

La comunicación es tanto un don dado por Dios como una habilidad. Nosotros nos comunicamos en distintos ámbitos y de diversas formas, siendo la más común a través de la palabra hablada y escrita (lenguaje), y de los sentidos. A menudo, no vemos la grave responsabilidad y la grandeza del don de la comunicación. ¿Estoy verdaderamente consciente de que la manera en que me comunico hoy tiene el potencial de cambiar el mundo de mañana? ¿Qué se logra por la acción del Espíritu Santo? Sin embargo, necesitamos ser cooperadores de esta acción. Existen muchas maneras sencillas de desarrollar una comunicación continua entre nosotros y Dios. He aquí algunas sugerencias:

Antes de iniciar cualquier actividad, deténgase un momento y mire hacia dentro, contemplando a Aquel que habita en su interior. Entre en contacto con Él mediante una palabra o frase.

Cuando esté leyendo (algo espiritual o de otro tipo), antes de pasar la página, tómese un momento para volver a ponerse en contacto con la Sagrada Presencia en su interior. Dese cuenta que Él se está comunicando con usted a través de estas palabras.

La palabra escrita hoy es más prolífica que nunca antes (gracias a Internet). El ciberespacio alcanza los confines de la tierra con la capacidad de edificar o destruir. Quizá nos podríamos preguntar: ¿al enviar correos electrónicos, soy consciente del poder de este modo de comunicación?, ¿las palabras que escribo son alentadoras y portadoras de vida?, ¿dan gloria a Dios?

Antes de pulsar el botón de envío de un correo electrónico, haga ese viaje interior: «Señor, bendice al que recibirá este mensaje. ¿Quieres que añada o cambie algo de lo que he escrito?»

Practicar esta disciplina nos puede ayudar a entrar en un nivel de comunicación más profundo, a una mayor intimidad con Dios y con los demás.

El arte de la comunicación es el lenguaje propio del buen líder. Es

el sendero que conecta a unas personas con otras. Para ser un líder eficaz en la Renovación Carismática Católica, es esencial tener excelentes aptitudes de comunicación. Un líder debe ser capaz de transmitir conocimientos e ideas con un sentido de apremio, comunicar el mensaje claramente y alentar y motivar a los demás a actuar.

Escucha activa

Como líderes, podemos asumir equivocadamente que cuando una persona expone una dificultad, tenemos que ofrecer una solución. La escucha activa no se trata de tener una respuesta sino de conectar sinceramente con el otro con calidez, empatía, atención total y aceptación en ese tipo de situaciones. Confíemos en el Espíritu Santo para que nos ayude a oír y comprender la totalidad del mensaje que están expresando. Dígale a la persona lo que usted entendió de aquello comunicado para verificar que usted haya comprendido correctamente.

Jesús nos enseña el arte de la escucha activa en Jn 4,1-41 (La mujer en el pozo). Tuvo una buena comunicación con esta mujer. Comprendió su lenguaje no verbal (que iba al mediodía para evitar a los chismosos). Le mostró empatía en su dolor; escuchó y no emitió ningún juicio. La aceptación de la mujer por parte de Jesús, le dio a ella el valor para ser sincera con Él y, en última instancia, para cambiar su vida.

Comunicación clara

Es importante especialmente en momentos de corrección. En momentos como ese, nuestro mensaje necesita ser claro y preciso. Nuestros motivos deben ser puros. Cualquier espacio creado por la falta de una comunicación eficaz puede pronto dar lugar a confusión y malentendidos. Puede convertirse en un punto de apoyo para que Satanás haga su obra.

Expresión personal

Esto les da a los demás la oportunidad de ver en nuestros corazones. Cuando expresamos nuestros sentimientos, de un modo asertivo, conectamos con otros emocionalmente. Jesús «se echó a llorar» por la muerte de Lázaro (Jn 11,35). Se compadeció de un leproso (Mc 1,41). Jesús expresó su compasión, no solo en las palabras que utilizó, sino también tocando a este hombre que era un marginado y que durante muchos años no habría sentido el toque de otra persona.

Los comunicadores excelentes no nacen, se hacen. Como líderes, es nuestra responsabilidad mejorar nuestras capacidades de comunicación. Pregúntese: ¿se me entiende con claridad? ¿Necesito más preparación? En respuesta a estas preguntas, pídale a otros que le den una opinión sincera.

Al final de cada día, reflexione sobre cómo se ha comunicado con los demás: «El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca lo bueno, y el malo, del malo saca lo malo. Porque de lo que rebosa el corazón habla su boca» (Lc 6,45). Tenga una actitud abierta para que el Espíritu Santo le muestre las áreas donde puede mejorar. Si es posible, mire repeticiones de charlas que haya dado. Sea abierto y honesto en su autoevaluación: ¿Qué funcionó? ¿Qué podría haber mejorado?

Al asumir un servicio de liderazgo en la RCC, se me dieron estas palabras de sabiduría: «Sé tú misma. Conecta sinceramente con las personas. Confía en Dios y todo lo demás son sólo detalles». Nuestras vidas pueden ser el único evangelio que alguien vaya a leer en su vida. ¿Estamos comunicando la Buena Noticia de Jesucristo con nuestras vidas? La comunicación es un don poderoso. Utilicémoslo para construir el Reino de Dios y para su mayor gloria. 



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tienen alguna pregunta sobre la RCC, envíenlas a newsletter@iccrs.org

¿Debería orar por personas que viven en pecado para que reciban el bautismo en el Espíritu?

El bautismo en el Espíritu Santo es el amor del Padre derramado en nuestro corazón. Para que el corazón humano tenga las disposiciones necesarias para recibir este amor divino, la persona debe poder declarar como el salmista: «Mi corazón está dispuesto, Dios mío, mi corazón está dispuesto» (Sal 57,7). Pero ¿qué pasa cuando alguien que desea recibir el bautismo en el Espíritu también quiere permanecer en una «situación de pecado»? En tal caso estamos en presencia de un corazón en crisis —un corazón en conflicto con la disposición necesaria—, ya que la clave para la disposición necesaria es el arrepentimiento.

Por ejemplo, ¿qué pasa si un hombre y una mujer, que están viviendo juntos sin el sacramento del Matrimonio, participan en un seminario de vida en el Espíritu y quieren recibir el bautismo en el Espíritu? Los responsables del seminario deben, firmemente, pero con todo el amor, invitar a la pareja al arrepentimiento y a la acción concreta que manifiesta el arrepentimiento —en este caso, o bien casarse o dejar de vivir juntos—. Si no están dispuestos a hacerlo, entonces orar para que reciban el Espíritu no estaría en consonancia con el requisito de un «corazón a punto».

El hecho de que el arrepentimiento sea necesario para disponer a las personas para el bautismo en el Espíritu Santo está revelado en la propia secuencia providencial de Dios: *Juan antes de Jesús*. Para preparar la misión de su Hijo, nuestro Padre celestial estableció una condición previa. El Evangelio de Lucas retrata la llegada de Juan el Bautista, el precursor, en preparación a la llegada de Jesús (Lc 1,2-80; 3,1-22). Juan, cuya misión era impartir el bautismo de arrepentimiento, fue enviado delante de Jesús, cuya misión (como la describió Juan) era la de bautizar en el Espíritu Santo (Mt 3,11). Juan fue enviado para asegurar que el terreno —el corazón de Israel— estuviese arado por medio del arrepentimiento, así como para preparar el camino a Jesús, fuente de vida nueva en el Espíritu Santo. *Juan antes de Jesús* es un principio inequívoco en el plan de salvación de Dios.

Pedro no dudó en aplicar este principio la mañana de Pentecostés, mientras el Espíritu se derramaba en cumplimiento de la profecía de Joel. Pedro, lleno del Espíritu Santo, exhortó a la multitud a «arrepentirse y bautizarse» para recibir el perdón y el don del Espíritu Santo. «Sálvense», le dijo a la multitud, confirmando que la manija de la puerta del corazón está por dentro y que cada persona debe escoger abrirla libremente (ver Ap 3,20). Tres mil de la multitud «acogieron su Palabra y fueron bauti-

zados», mientras que otros no, al parecer (Hch 2,41).

Pedro estableció así un principio pastoral, que permanece a través del tiempo, para continuar la obra del Espíritu. La Renovación Carismática Católica sigue este principio al centrar la cuarta sesión del seminario de vida en el Espíritu en la *metanoia* —arrepentimiento o «alejamiento» de cualquier cosa que pueda obstaculizar nuestra relación con Dios—. Este ha sido el patrón desde la publicación de la primera guía para el SVE hace más de cuarenta años (*Seminario de la Vida en el Espíritu. Manual del equipo* [1971]). La ubicación estratégica del llamado al arrepentimiento —justo antes de la sesión en la que se ora para que las personas reciban el bautismo en el Espíritu Santo— refleja una comprensión fundamental en la Renovación.



Pedro, lleno del Espíritu Santo, exhortó a la multitud a “arrepentirse y bautizarse” para recibir el perdón y el don del Espíritu Santo.



Así, desde un punto de vista pastoral, siempre se busca conducir a las personas al arrepentimiento antes de orar por ellas para recibir la efusión del Espíritu. Es también habitual ofrecer el sacramento de la Reconciliación durante la cuarta sesión del seminario. Los sacerdotes a menudo cuentan que esas confesiones están entre las de mayor arrepentimiento y las más llenas de gracia que hayan escuchado jamás. Evitar invitar a las personas al arrepentimiento en este contexto sería una mala práctica pastoral, ya que deja la situación pecaminosa intacta, afligiendo de ese modo al Espíritu Santo en vez de recibirlo, y, al mismo tiempo, abriendo el paso de forma implícita a los conflictos en la comunidad carismática o grupo de oración.

Algunas de las «situaciones de pecado» que podrían presentarse son muy difíciles —por ejemplo, el caso de los divorciados vueltos a casar—. No obstante, los que deseen orar por el bautismo en el Espíritu Santo, una vez que han tenido conocimiento de esta situación, deben abstenerse de imponer las manos, y elevar sus corazones al Señor. Claramente, es un problema que solo Cristo puede resolver, solo Aquel que ha recibido «todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18).

El Señor a veces quita los obstáculos para el arrepentimiento de manera sorprendente, especialmente a través de la oración de intercesión. No sabemos de dónde puede venir la solución. Lo que sí sabemos es que nuestro papel en estos asuntos debe ser humilde y limitado. Sigue siendo una práctica pastoral acertada conducir a las personas a un auténtico arrepentimiento antes de orar por ellas para que reciban el bautismo en el Espíritu Santo. 